

tamiento que los demas médicos de Val-de-Grâce adoptaron entonces fue el mismo que el que había instituido M. Broussais.

Esta es la verdad: el supuesto que ha habido algunas diferencias en los resultados, y que estas diferencias hayan sido en favor de otros médicos, es cuestion que no ha sido examinada; pero ¿qué se podrá concluir de ella, cuando la práctica ha sido la misma, y cuando los cirujanos de guardia habían recibido la orden de M. Broussais, de depositar los coléricos mas enfermos en la clínica, en que ellos propios tenían interes para instruirse, puesto que M. Broussais les daba sobre estos enfermos detalles de explicacion, que los demas médicos no estaban encargados de ello? La mas simple reflexion comprenderá que las cosas han pasado asi sin poder ser de otro modo.

Ademas M. Broussais no ha tenido jamas la idea de comparar estos resultados con los de sus compañeros, ni la tendrá nunca, sean cuales fuesen las diferencias que ha podido haber en ellos. Su fin no es de hacerse valer á costa de excelentes amigos profesando la misma doctrina que él, en caso de ventajas necrológicas en su favor, ni de emprender explicaciones minuciosas para justificarse en caso contrario: estas bagatelas son extrañas á su carácter bien conocido. Feliz de la concordancia y uniformidad de doctrinas que ve reinar muchísimo tiempo ha en Val-de-Grâce, se contenta de desempeñar su deber que tiene de la confianza del gobierno, y se pone tranquilamente superior á la murmuracion y calumnia: satisfecho tambien que los demas médicos del hospital han tenido siempre la misma conducta.

Paris, 12 de mayo de 1832.

Los médicos de Val-de-Grâce,

Firmado PIERRE,
DAMIRON,
GASC,
BROUSSAIS.

RELACION

DE LAS EPIDEMIAS

DE LA COLERA MORBUS

OBSERVADAS EN HUNGRIA, MOLDAVIA, GALICIA,
Y EN VIENA, EN AUSTRIA,

POR EL DOCTOR SOPHIANOPULO,

EN LOS AÑOS DE 1831 Y 1832;

CON EL TRATAMIENTO PRESERVATIVO Y CURATIVO DE ESTA ENFERMEDAD.

RESUMEN DE MI VIAGE

PARA ESTUDIAR Y TRATAR LA COLERA.

Médico viejo, discípulo de las universidades de Italia, he ejercido muchos años el arte de curar en mi patria, en Grecia. Deseando ponerme á nivel de los nuevos descubrimientos, y aumentar mis conocimientos, creí deber volver á mis antiguos maestros para hablar con ellos y mis camaradas de este hermoso pais de Italia. Salí luego para Paris, donde he permanecido cinco años, y he visitado los hospitales de Inglaterra: el ruido de la *colera morbus* me tenia en alerta, y meditaba recorrer el norte y el este para asegurarme de su naturaleza, de sus síntomas, y del tratamiento que podia convenirle. Obstáculos sin número se presentaban á la ejecucion de esta resolucion: pero las instancias de mis sabios amigos y el estímulo de poderosos personajes han conseguido allanarlos: entre estos personajes no puedo dejar de citar M. Casimir Perier, presidente del consejo de los ministros; M. el profesor Broussais; M. el conde Sebastiani, ministro de relaciones extrangeras; M. el conde Pozzo-di-Borgo, embajador de Rusia, y M. el príncipe Sutzo, embajador de Grecia. El público agradecerá á estos señores mis observaciones, si pueden ser de alguna utilidad á la humanidad; no puedo dejar

de confesar la parte que M. el mariscal Maison ha tenido en el suceso de mi viage.

Desde mi salida de Paris el 8 de agosto de 1831 hasta mi vuelta el 9 de marzo de 1832, no he leído obra alguna que tratase de la *cólera morbus*: precaucion que tomé para preservarme de toda influencia extrangera, y limitarme á mi propia observacion.

Mi empresa era toda práctica, y mi único deseo poder disminuir la mortandad donde la cólera no habia hecho aun sus desastros. Expondré simplemente todo lo que he observado en Hungría, Galicia, Boukouvina, Moldavia y Viena, como los tratamientos buenos y malos que he empleado, y todo lo que he visto hacer á los médicos que he encontrado en los diferentes paises. Diré, como de una utilidad secundaria, lo que se me ha contado haber observado y hecho para descubrir la naturaleza de esta enfermedad, para aplicarle el tratamiento mejor. Cuando se trata de una enfermedad que los médicos no han podido estudiar á la cabecera del enfermo, ó sobre el cadáver, que es la escuela mas poderosa y segura, es preciso manifestar, poniendo al alcance de todos, los hechos bien observados y examinados con la mas escrupulosa atencion. Para hacerme mas claro, abreviando y suprimiendo un gran número de historias particulares de la cólera, daré primero la explicacion de ciertas palabras de que me valgo: soy forzado á estas explicaciones, porque publico mis observaciones segun las he adquirido en el teatro de la enfermedad, y como privado de toda especie de recursos, sus faltas, son consecuentes: asi pues las doy al público, y espero que mis compañeros, persuadidos que, publicando esta obra, no tengo otro objeto que ser útil á la humanidad, y no la ambicion de escribir en una lengua extraña á los conocimientos de la mia, serán indulgentes para conmigo.

Atmósfera colérica.

Como se ha hablado tanto sobre las atmósferas infectadas, en que los químicos han exaltado sus ideas con un campo tan extenso, al efecto me ha parecido oportuno suprimir esta traduccion, poniendo la nota del doctor Broussais: « Esta atmósfera colérica no es mas que una induccion del autor, que se admite ó desprecia; esto no muda nada á los hechos observados sobre las

oportunidades, las causas determinantes, los síntomas y la marcha de la enfermedad sometida á diferentes modificadores que se le han opuesto. » Otra del autor: « He sido dos veces atacado de esta cruel enfermedad, en Tarnow y en Leopold, bajo de una atmósfera colérica; si la enfermedad volviese, podria serlo tercera vez en Paris, bajo de otra igual atmósfera. »

Prodromos coléricos.

Quando un pais está rodeado de una atmósfera colérica, los habitantes que son mas dispuestos á la cólera pueden ser advertidos de ella, aunque no siempre, uno, dos, tres, y aun ocho dias de antemano, ó solamente algunas horas, por las señales siguientes, antes que sean manifestados los síntomas formidables y mortíferos.

Dolores pequeños de cabeza pasajeros, deseos de dormir ó insomnio, sueños penosos y tristeza, miedo de desastros ó una gran esperanza, imaginacion obtusa ó brillante, gozo algunas veces y bienestar inexplicable, voz embarazada; contracciones espasmódicas de muy corta duracion, sobre todo entre las personas del sexo y los nevropáticos; suspiros y palpitations pasageras; indigestiones bajo de mil formas, flatos, dolores epigástricos pasajeros; deseo de bebidas fuertes, como vino, etc.; apetito extraordinario, insólito; algunas veces inapetencia, y tambien disgusto para la comida; deseo de bebidas frias ácidas, cólicos ligeros y de corta duracion; evacuaciones blandas (1), estreñimiento algunas veces; frio glacial que se pasea en las entrañas, segun las personas que le han sufrido, ó un fuego abrasador; deseo de reposo: pero todas estas señales no pueden presentarse en un mismo sugeto.

Tambien hay señales que no pueden ser descritas, porque seria muy largo detallarlas: no obstante toda señal insólita debe tomarse en consideracion bajo una atmósfera colérica; toda persona que tomase nota de estas señales podrá preservarse de la cólera; el médico que se decidiese á considerarlas como una forma mórbida, no tendria tantas mudanzas peligrosas en sus enfermos.

(1) Esta señal debe ser de la mayor consideracion para el público, y para los médicos: despreciada ú olvidada, destruye familias enteras y devasta los reinos. (*Nota del autor.*)

Síntomas característicos de la cólera.

Para facilitar el estudio de mis observaciones y relatar en masa una grande cantidad de historias, he tomado el partido de dividir los síntomas característicos de la cólera en diferentes especies.

PRIMERA ESPECIE COLÉRICA, Ó PRIMER SÍNTOMA CARACTERÍSTICO DE LA CÓLERA.

Diarrea, ó vómito de un humor ó de un líquido *sui generis*.

Llamo colérico: es este humor blanquizco, y sin olor en general, ni sabor especial; tiene la apariencia de agua de arroz, de suero, de la decoccion de harina, ó del agua tibia, en el momento que se deslie en ella azúcar (1).

El humor de la diarrea contiene las mas veces copos blancos, semejantes á los que se encuentran en las cavidades de la pleura llena de líquido, ó á los que se hallan en la cavidad del peritoneo, ó en fin á las pequeñas pseudomembranas que salen á consecuencia de todas las diarreas ó disenterias. El líquido que arroja por la boca contiene frecuentemente menos de estos copos, pero deja ver materias blanquizcas semejantes á los pequeños pedazos blancos que nadan en la leche torcida, ó que se agria ó corta. La cantidad de estos licores no es tan grande como lo que se cree generalmente.

SEGUNDA ESPECIE COLÉRICA, Ó SEGUNDO SÍNTOMA CARACTERÍSTICO DE LA CÓLERA.

Frio de las extremidades superiores é inferiores.

Este frio no empieza generalmente por horripilaciones, como en las demas irritaciones: se presenta primero en las extremidades de los dedos, cubre las nalgas, todas las partes posteriores del tronco y la cara; se detiene en la parte exterior del pecho; respeta una parte del pecho, del bajo-vientre, el epigastro, la frente, la piel cubierta de vello, en fin el medio de la columna vertebral.

(1) Algunas personas anteriormente afectadas del duódeno y del hígado tienen evacuaciones biliosas. (*Nota del doctor Broussais.*)

Este frio le sienten algunas veces los enfermos y se quejan de él; pero muchísimas veces dejan de hacerlo. Esta última circunstancia es en general muy sensible: podría ser que el frio no afectase mas que las extremidades superiores solamente, ó las inferiores. Segun este cuadro, no queda vida mas que en los órganos que corresponden á la piel caliente: el resto está en inercia.

Esta piel caliente no parece febril en el principio de la enfermedad; pero, á medida que los síntomas coléricos se apaciguan, que la reaccion empieza, y que la enfermedad se prolonga, se hace ardiente, acre y seca (1). La piel fria no tiene de modo alguno el aspecto de la carne de gallina; está inerta, deshecha, arrugada, y pegada sobre las partes que cubre; algunas veces está lustrosa. Este frio le he encontrado muchas veces en la lengua, los labios y las encías.

TERCERA ESPECIE COLÉRICA, Ó TERCER SÍNTOMA CARACTERÍSTICO DE LA CÓLERA.

Color ciánico, azulado, negruzco, lívido, de un rojo de orin, y carbónico de la piel.

El frio, las diarreas fuertes y los vómitos penosos son seguidos muchísimas veces de este color colérico, de que nadie puede hacerse una idea justa sin haberle visto sobre la periferia y la cara de un colérico. Para mí, descripcion alguna podrá reemplazar el aspecto de un colérico atacado de este matiz, si acaso no es el cuadro de un colérico hecho por un hábil pintor algunas horas antes de su muerte.

CUARTA ESPECIE COLÉRICA, Ó CUARTO SÍNTOMA CARACTERÍSTICO DE LA CÓLERA.

Extincion del pulso, ó apirexia colérica.

Lo que se llama fiebre no existe en los coléricos: la disminucion, la cesacion entera del pulso no sobrevienen en general mas que cuando la segunda y la tercera especie han durado algunos cuartos de hora. La fiebre no existe tampoco durante el curso de la primera especie; es necesario que el enfermo haya

(1) Lo mismo sucede tambien por un tratamiento empirico. (*Nota del autor.*)

cometido grandes imprudencias para tenerla desde el principio de la diarrea y de los vómitos : el corazón y las arterias están paralizados ; no hay allí sangre arterial, y por consiguiente ninguna circulación de esta naturaleza ; la circulación venosa continua, no es interrumpida, ó á lo menos no lo es tanto como la circulación arterial.

El pulso, en la mayor parte de los coléricos, disminuye, se retracta, se retira, huye, se apaga, empezando por las extremidades : las arterias gruesas y el corazón cesan también su sístole y diástole.

QUINTA ESPECIE COLÉRICA, Ó QUINTO SÍNTOMA CARACTERÍSTICO DE LA CÓLERA.

Contracciones espasmódicas ó tetánicas de las extremidades, con calambres ó sin ellos.

Estas contracciones espasmódicas empiezan las más veces por los dedos, y se extienden al resto de las extremidades : no alcanzan muchas veces más que á las extremidades superiores, ó solamente las inferiores : sucede lo mismo con los calambres.

La cólera empieza muchas veces, y sobre todo en las mugeres, por esta señal ; pero los vómitos y la diarrea sobrevienen luego. Decir que solas, estas contracciones pueden constituir la cólera es un error : las contracciones y los calambres suspenden la respiración, contribuyen á la paralización del corazón y de las arterias, y su presencia acelera la muerte.

SEXTA ESPECIE COLÉRICA, Ó SEXTO SÍNTOMA CARACTERÍSTICO DE LA CÓLERA.

Voz colérica.

El timbre de la voz entre los coléricos es de una naturaleza particular : es una voz que no se parece ni á la de un enginoso ó furiosamente costipado, ni á alguna otra. Expresión alguna no puede dar una idea justa á los que no han oído hablar los coléricos (1) : es un síntoma que existe siempre ; es el síntoma

(1) Dicen : los enfermos *silban* sus palabras en lugar de pronunciarlas : esta expresión está bastante justa ; ó, á lo menos, esta voz sepulcral es la de todos los gastrites intensos, como se ha dicho en la *Historia de las Flegmasias*.

(Nota del profesor Broussais.)

dominante ; es por consiguiente de la mayor importancia, según nuestro cálculo.

SÉPTIMA ESPECIE COLÉRICA, Ó SÉPTIMO SÍNTOMA CARACTERÍSTICO DE LA CÓLERA.

Lengua fría, ojos hundidos, y cara espantosa.

La lengua fría, y el hundimiento de los ojos que parece quieren acercarse del occiput, es un incómodo agüero, y sobre todo el segundo síntoma. La cara colérica es casi siempre mortal. Me es imposible describirla : no es la hipocrática ; es preciso ver el cuadro del doctor Guyon para hacerse una justa idea de ella.

Valor de los síntomas característicos de la cólera.

No puedo ni debo entrar aquí en la explicación fisiológica de estos síntomas, antes de haber manifestado los documentos de otopsia ; pero pondré á la vista de los médicos que no han visto ni tratado la cólera, un bosquejo de los síntomas coléricos.

El síntoma más asesino es la carbonización : trataré con la otopsia de descubrir el origen ó causa de este terrible fenómeno.

La figura colérica es un síntoma no menos formidable.

El frío de las extremidades es el segundo fenómeno riesgoso, después de los que anteceden.

Las contracciones tetánicas y los calambres constituyen un peligro de la tercera clase.

La extinción del pulso es el cuarto síntoma incómodo, según mis observaciones.

La diarrea y los vómitos no indican siempre el más grande peligro, cuando los médicos experimentados pueden, desde los primeros instantes de la aparición del mal, oponerles sus remedios.

Si la detención ó cesación de la orina queda sin socorro, puede ella sola matar al enfermo.

No he querido decir nada sobre la duración y la marcha de los síntomas coléricos : no hay nada fijo ni de general en este punto.

He observado un caso en que el frío colérico duró quince días, y el enfermo se curó : esta historia será contada. No obstante, la enfermedad llamada cólera empieza por lo general por la diarrea colérica, y se acompaña más ó menos de algunos otros síntomas coléricos con vómitos ó sin ellos. En algunas circunstan-

cias, pero muy raras, la cólera puede existir con solo el vómito, y algunos otros síntomas sin diarrea: pero este último síntoma, como tambien la voz colérica, dominan generalmente los demas: puede tambien él solo constituir la cólera.

Mi itinerario.

Llegué á Viena en agosto de 1831, y toda la ciudad estaba en alarma. No habia un hombre tranquilo: los sabios, los negociantes, los embajadores, los ministros y la familia imperial abandonaban esta hermosa ciudad y sus arrabales tan limpios y bien aireados: el mismo embajador y general Maison acomodaba su equipage; los ministros del imperio me aseguraron que no podia entrar en Moldavia y Valaquia sin una cuarentena de tres meses. Yo abandonaba todo obstáculo para seguir mi viage: el mariscal me representaba los peligros que me amenazaban, y su camarilla se esforzaba á que abandonase la idea: á pesar de todo, el 21 de agosto estaba en Pesth, ciudad de setenta y cinco mil almas, y que destrozaba la cólera.

Primera historia colérica.

El 21 de agosto, á las dos de la tarde, el doctor Bochus, médico partero, enviado por el gobierno austriaco para tratar la cólera en Galicia, me llevó á casa de M. Schulmeister, de edad 37 años, carnicero de profesion, y soltero. Presentaba un pecho ancho redondeado. Este enfermo habia concluido de comer á la una con sus padres, reduciéndose la comida á algunos platos de carne: media hora despues se sintió enfermo; fue asaltado por vómitos de materias alimenticias, y pocos instantes despues vinieron á ser blanquizeas como el agua de arroz, presentando en la superficie mucosidades.

Los humores no eran abundantes; los esfuerzos que hacia para vomitar eran terribles; continuan los vómitos, pero sin diarrea: dolores en el interior del estómago, segun la confesion del enfermo, que aumentaban á una fuerte presion sobre el epigastro; ardor en el estómago, y este, segun la sensacion que el enfermo siente, como á la parte inferior del pecho; la cabeza sin dolor, sus facultades intelectuales buenas, miedo á la muerte, vista decaida, frente y piel vellosa calientes, cara fria, ojos hundidos al fondo de la órbita; sus extremidades superiores empiezan hácia las dos y media á enfriarse: el enfermo no siente

frio; no hay fiebre; el pulso, que á mi llegada, existia muy pequeño al carpo, se retira hácia el brazo.

Ordenamos un té llamado por los médicos del pais anticolérico, bien caliente (es una infusion de sauco, de manzanilla y de melisa, animada con el licor anódino mineral de Hoffmann); fricciones á las extremidades con tintura de cantáridas y un linimento alcanforado; sulfate de bismuto tres granos cada cuarto de hora. No me separo ya del enfermo, aunque temblando por las consecuencias de una tal prescripcion: es la primera vez que me hallo al lado de un colérico, para ver esta enfermedad que antes creia conocerla. Hácia las tres, esto es dos horas despues de haber sido atacado, los vómitos son aun continuos, vomita cuanto traga; no hay diarrea: dolores horribles en el estómago, y no se levanta fácilmente la presion ó agujero que deja la presion de la mano; frente y piel vellosa ligeramente calientes, inteligencia buena, cara fria, ojos hundidos en las órbitas y como retirados hácia el occiput, córnea trasparente postrada, tejido celular de la cara contractado, deshecho, absorbido; la piel de la cara pegada á los huesos, de un color atizonado, azulejo, negruzco: este aspecto de cara es terrible. Lengua húmeda, roja en la punta y en todo el rededor, blanquiza y puerca al medio; aliento frio, voz de timbre alterada de un modo particular, sed intensa. El enfermo desea agua fria, pero nadie se lo permite: se temen los vómitos. Pide bebidas ácidas, pero los médicos se oponen á ello. Las extremidades estan enteramente frias; el centro del pecho y el bajo-vientre conservan un poco de calor que ni es ardiente, ni regular, sino mas bien lánguido.

La piel de las extremidades es ciánica, negruzca, menos hácia el bajo-vientre, el pecho y la columna vertebral; el pulso no existe ya en el carpo, ni en las sienes, ni en las carótidas; el estetoscopio no da señal alguna del sistole y diástole del corazon; no hay orina: contracciones espantosas en las extremidades, sobre todo en las superiores; los dolores que estas contracciones acarrear cortan la respiracion; este estado es penoso y difícil; no hay tos; la percusion manifiesta las partes inferiores del pulmon infartadas; el pecho está pegado á la espalda, y el vientre meteorizado. Se ordena al enfermo quince gotas de tintura de opio á cada cinco minutos, ceniza ardiendo al rededor de las extremidades, y vejigatorios á las piernas y á los brazos. Media hora despues del uso de estos medios, los vómitos cesan, sin

disminucion alguna de los otros síntomas: al contrario, entonces empieza la diarrea, las materias arrojadas por el ano son primero líquidas y mezcladas de algunas materias fecales; luego vienen á ser como suero, conteniendo copos blancos consistentes: á la media hora que este nuevo síntoma se manifestó, el enfermo murió.

Reflexiones. — El aspecto de este cadáver vivo, cuya enfermedad ha durado apenas tres horas, queda aun y quedará siempre grabado en mi memoria. ¡Es la primera vez que veo este espectáculo terrible sobre el hombre! Esta historia parecerá sin duda incoherente; pero ella es tal que la observacion del enfermo, de quien no me he separado durante tres horas, me la ha sugerido: ademas, yo soy médico viajero sin existencia fija ni tranquilidad para volver hacer mi trabajo.

Antes de salir de Paris habia pedido á muchos de mis compañeros, amigos y á mis maestros (menos al profesor Broussais) que sobresalen en el arte de curar, me diesen sus pareceres y consejos sobre la naturaleza del tratamiento de la cólera, que me proponia ir á estudiar. Esta consulta general, que conservo con un profundo respeto, es un monumento de la ciencia médica *à priori*: la conservo manuscrita toda extractada. La Escuela de medicina de Paris tiene su parte en ella; la Academia ha contribuido tambien; el Instituto me ha dado sus consejos. La mayor parte de los médicos en jefe de los hospitales rivalizan en ciencia, y me prodigan sus sabios razonamientos. Todos, asi como yo, creiamos que la cólera era una enfermedad como cualesquiera otra (1); creiamos tambien haberla hallado en nuestra larga práctica (2); pero estabamos en el mas grande error. Puesto al frente de esta enfermedad á la cabecera del enfermo, he visto que la cólera era una cosa muy diferente (3) de la que estos médicos y yo mismo habiamos concebido, observado y tratado. No obstante, para no tomar sobre mí toda la responsabilidad del tratamiento, me sujeté en parte primero á lo que habia leído,

(1) Teniamos todos razon, pero ignorabamos la naturaleza de las alteraciones que la atmósfera colérica produce sobre el organismo del hombre. (*Nota del autor.*)

(2) Habiamos encontrado enfermedades análogas, pero sin síntomas característicos de cólera. (*Nota del autor.*)

(3) Esto es que hay síntomas de una naturaleza á parte, pero producidos por órganos alterados.

á lo que mis compañeros me habian aconsejado, y en fin á lo que los médicos del pais en que veia por la primera vez la cólera me permitian. Hay en mi consulta uno de mis compañeros (1) de Paris, hombre lleno de sagacidad, de vivacidad y de erudicion, y hombre de órden tambien, que me decia, consultándole: «Cuidado con tomar sobre su responsabilidad de usted un enfermo atacado de cólera, á su llegada de usted á una ciudad por primera vez.» He seguido este consejo.

El enfermo de que se trata ha tomado té, ha sido frotado, ha tomado 24 granos de bismuto, 90 gotas de láudano y algunas dragmas de licor anodino mineral. Se le aplicaron vejigatorios. La marcha rápida ha impedido emplear y ensayar otros medicamentos: la debilidad le parecia tal al médico, á primera vista, que le hacia imposible dejar de dar corroborantes, fortificantes, analépticos, etc. (2).

Deseaba con ansia hacer una otopsia; pero me fue imposible lograrlo; y afligido de esta privacion, corri á otros enfermos (3)

Segunda historia de cólera.

El mismo médico me llevó, á las seis de la tarde del 21 de agosto, á casa del señor Franz, de cuarenta y tres años de edad, padre de familia, y bien conformado. Tenia la cabeza pesada, la inteligencia libre, los párpados hinchados, los ojos inyectados; pero la cara pálida, la respiracion difícil, penosa; suspiros, voz particular, el pecho caliente, el sistole y diástole del corazon perceptibles; el aire pasaba difícilmente los lobos inferiores del pulmon: no tenia tos; lengua achatada ó plana, apenas roja en todo el alrededor, amarilla en el medio, húmeda; sed viva: tragaba fácilmente; no habia vómitos: el epigastro sensible á la presion de la mano y ligeramente caliente: el calor no era febril. Desde el ombligo hasta el hipogastro y aun hasta el pubis, las entrañas estaban adoloridas y ardientes, segun la expresion del enfermo.

Cólicos continuos, diarrea, materias líquidas, blanquizas, mucosas, en pequeña cantidad, con copos blancos: las evacuaciones son continuas. Ignoro cuál era la naturaleza de ellas al

(1) El profesor Rostan. (*Nota del autor.*)

(2) La consecuencia de este hecho hará tomar otra resolusion. (*Nota de Viena.*)

(3) La ciudad estaba llena de enfermos. (*Nota del autor.*)